

## Abdalá es el repugnante otro\*

Carlos de la Torre\*\*

Con excepción de su tío Assad Bucaram, tal vez ningún político ecuatoriano haya tenido la habilidad de Abdalá de despertar pasiones tan encontradas. Si bien para muchos es “el líder de los pobres”, para las elites es la encarnación de todo lo negativo. Esta sección analiza las imágenes que las elites políticas y los medios de comunicación social, que se consideran modernizantes, construyeron sobre Bucaram. También se estudia el miedo que éste despertó en la “gente bien,” las elites económicas establecidas que dicen tener “buen” apellido y “finas” costumbres y que, por lo tanto, se consideran como los guías morales naturales de todos ecuatorianos.

### Civilización o barbarie

Su actuación tiene el pecado original de la explotación taimada de los sentimientos populares, mediante el uso de lugares comunes, que no reflejan otra cosa que la ambición de un hombre que a falta de condiciones de estadista, de perfecta definición doctrinaria y de programa concreto recurre a la expresión efectista... allí donde se hace demagogia con el empeño bastardo de explotar los sentimientos de las masas con fulgurantes promesas encubridoras de farsas

---

\* Tomado de *Un solo toque: populismo y cultura política en el Ecuador*, CAAP, Quito, 1996

\*\* Sociólogo. Profesor de Northeastern University; Boston.

allí, repetimos, no hay contenido democrático alguno sino el afán de usar todos los medios, por indecorosos que sean, para alcanzar las posiciones expectantes del poder.

Los tiempos no son idolátricos. No pueden ser porque pasó ya la época de los providenciales. Al demagogo y al caudillo ha sucedido el verdadero hombre de Estado, que encarna principios, personifica aspiraciones colectivas, y concreta ideales. La propia organización de los partidos, como fuerzas orientadoras de la vida política de los pueblos, implica la extinción de caducos moldes de matices absolutamente personalistas en los sistemas de gobierno...<sup>1</sup>

Estos manifiestos que parecerían describir a los candidatos de la segunda vuelta electoral de la campaña presidencial de 1996, Abdalá Bucaram y Jaime Nebot, fueron escritos hace cincuenta y dos años en la contienda entre “el candidato popular” José María Velasco Ibarra y el liberal Miguel Ángel Albornoz. Esta elección como se conoce nunca se realizó por la insurrección popular del 28 de mayo de 1944. Asombra que después de los cambios ocurridos en la sociedad ecuatoriana en los últimos cincuenta años, todavía perduren ciertos temas y representaciones en el debate político.

Tal vez, la imagen más fuerte que la campaña televisiva socialcristiana usó en contra de Abdalá fue la contraposición de dos figuras: un Nebot vestido de estadista responsable con traje y corbata que coquetamente sonrío y guiña el ojo; frente a un Abdalá, con el torso desnudo cubierto de sudor, bebiéndose desafortadamente un vaso de licor (Abdalá dice que de agua). Esta imagen apareció en propagandas en la prensa con el pie de foto “dos formas de mirar hacia el futuro del Ecuador: progreso o destrucción...” La civilización y el progreso que prometía la “seriedad de estadista” de Nebot frente a la “barbarie” de los sectores suburbanos personificados en Abdalá.

Esta representación maniquea de la realidad política no sólo sintetizaba la estrategia socialcristiana de atemorizar el electorado con la amenaza de la “irracionalidad” y el “barbarismo” de Abdalá, también era una elaboración más directa y burda de cómo algunas elites constituyeron la coyuntura electoral. El mismo Nebot, el 21 de mayo declaró al Diario *El Comercio* que Bucaram “es un hombre que representa todo lo que no debe ser un presidente de la República”. Posteriormente se comparó con Abdalá en un discurso en Ma-

1 Manifiestos del Partido Liberal publicados en *El Telégrafo* de Guayaquil el 13 y el 19 de mayo de 1944. Tomados de mi libro (De la Torre 1993).

chala diciendo: “en esta tarima no hay ningún bailarín ni improvisado, hay un hombre con propuestas.”<sup>2</sup>

Las declaraciones de Jaime Nebot no se diferencian de la manera en que la prensa construyó a los candidatos. Por ejemplo, el *Expreso* del 29 de junio comparó a Nebot, como un hombre que representa “la seriedad y la mesura,” con Abdalá, candidato falto “de seriedad.”, *El Comercio* del 3 de julio nos informaba que mientras Nebot es “más serio y racional” a “Abdalá Bucaram se le notó incómodo alrededor de una mesa de trabajo donde el tono baja y las ideas hacen parte de la agenda. Las plazas públicas le sientan mejor” porque su “base social...celebra sus vociferaciones y sus efectos de tarima” La serie de artículos de Thalía Flores y Fermín Vaca que contrastaban los dos candidatos en el periódico *Hoy* los comparó en términos maniqueos. Simón Espinosa anotó el 2 de julio que mientras la política exterior estaría en “buenas manos” con Nebot, “ojalá no haya fricciones” con el Perú con Bucaram. El psicólogo Vladimir Serrano comparó las personalidades de los dos políticos el 1 de julio en los siguientes términos: Nebot “no muestra rasgos o discursos extraños”, es decir, es normal, la personalidad de Abdalá, al contrario, tiene “rasgos preocupantes”. El 4 de julio, Mario Jaramillo Paredes aseguró, con autoridad, que el “problema regionalista” es menos grave con Nebot que representa un partido político de “base nacional” mientras que el Partido Roldosista Ecuatoriano, según este académico, es un partido “de la Costa.”

La mayoría de los editorialistas compartieron esta línea argumentativa. Benjamín Ortiz, Director de *Hoy*, concluyó su editorial del 10 de junio con la observación de que “Nebot es una derecha con proyecto a largo plazo” y Bucaram es “un misterio insondable”. Antonio Kure escribió en *El Telégrafo* del 27 de junio que “Nebot presenta propuestas de solución claras, específicas, realizables, y su opositor que con histrionismo nos describe generalidades, y nos ofrece que el mal sea de muchos, para consuelo de los tontos.”

Este corto recuento de las visiones de la prensa y de algunos editorialistas sobre las imágenes de los rivales políticos en las últimas elecciones no sólo ilustran el “carga montón” de los medios de comunicación en contra de Bucaram. El que estas imágenes no difieran de las que se construyeron sobre Velasco Ibarra y Albornoz hace cincuenta y dos años y de Velasco Ibarra y Galo Plaza en 1960 es más relevante. ¿Qué nos dicen estas imágenes sobre como las elites

---

2 *El Universo* 3 de julio, 1996.

ven el acontecer político? ¿Por qué se construye la política como la lucha entre la racionalidad de un candidato que augura el “progreso y la modernidad” contra el populismo que encarna la irracionalidad, “el atraso y el caos” ¿Por qué pese a la estigmatización de los candidatos populistas, éstos siguen ganando elecciones en el Ecuador?

Murray Edelman anota que los líderes políticos “son transformados en objetivizaciones de cualquier asunto que preocupe o guste a los observadores de la escena política”(1988:39). En el Ecuador, los analistas políticos están obstinados en manufacturar a los líderes populistas como la negación de los valores que deberían caracterizar a la política. Sus seguidores son imaginados como la encarnación de la antirazón. Son vistos como masas que están “fuera de las estructuras universales de la razón y de la democracia y que por lo tanto tienen que ser incorporadas a la fuerza”(Butler 1995:40). Esta preocupación por corregir lo que se percibe como el rumbo errado de la política nacional, no es monopolio de quienes tienen el poder para construir la realidad desde los medios de comunicación. También las elites políticas que se autodenominan modernizantes y algunos científicos sociales comparten esta obsesión.

Al igual que en otros países latinoamericanos, las elites ecuatorianas han buscado obstinadamente la modernidad. Ésta ha sido entendida como la emulación de los códigos de comportamiento económico, cultural y, sobre todo, político de las potencias occidentales. Pero la anhelada modernidad siempre se ha escapado de las manos. Los proyectos de las elites han sido cuestionados y subvertidos por la resistencia de los sectores populares a estas versiones excluyentes de la modernidad y del progreso. El retorno a la democracia es el último intento de alcanzar esta ansiada modernidad.

Para comprender este último afán de innovación política de las elites ecuatorianas surgidas en torno al aparato estatal y a la expansión de la economía desde los años cincuenta, lo mejor es remitirse al análisis de Osvaldo Hurtado sobre el significado del nuevo sistema de dominación política. Según este arquitecto de la transición a la democracia “la expansión económica originada en el petróleo termina por liquidar la estructura del poder generada por la hacienda y, por lo tanto, su expresión política, el bipartidismo conservador-liberal”(1988:337). Estos cambios socio-económicos “que traerían consigo la consolidación de la sociedad urbano-capitalista” (ibíd.) requerían de un nuevo sistema de dominación política basado en partidos políticos ideológicos fuertes que a diferencia del “multipartidismo hipertrofiado” del pasado garan-

ticen la estabilidad democrática (Ibíd.:330). Por lo tanto “la democracia ecuatoriana... dependía de la conformación de un moderno régimen de partidos” (Hurtado 1990:51) Con esta intención se legisló una ley de partidos políticos que requería que éstos posean “una ideología, un programa, una organización nacional, y un número de afiliados que debían representar al menos al 0.5% del padrón electoral. Los partidos perdían su reconocimiento legal si no obtenían al menos el 5% de los votos emitidos en dos elecciones consecutivas” (ibíd:57).

El afán de crear un sistema de dominación político “racional y moderno” no se ha concretado. No sólo se ha legislado en contra de la ley de partidos ideada por Hurtado, sino que, además, se observa que existe un mundo político muy lejano a sus esperanzas modernizadoras. Los analistas políticos han demostrado que en el Ecuador se vota por personalidades y no por ideologías; que el número de partidos políticos se incrementa cada vez más; que los partidos son débiles y recurren a prácticas clientelares; y que la política está, desacreditada (Isaacs 1991:221-239). Al igual que en Brasil el elector vota por el diputado a cambio de promesas de favores personales o corporativos; el diputado apoya al gobierno a cambio de cargos y concesiones que, a su vez, distribuirá entre sus electores... Se crea una esquizofrenia política: los electores desprecian a los políticos, pero continúan votando por ellos (Murillo de Carvalho 1995:166).

El relativo fracaso de este intento de crear un sistema de partidos políticos ideológicos demuestra que no se puede legislar sobre la necesidad imperiosa de construir partidos ideológicos que representen intereses clasistas sin antes constatar cómo se dan los mecanismos de participación popular y de acceso a los recursos estatales. Éstos se han dado a través del paternalismo, del clientelismo y del patronazgo y no con la lucha ideológica partidista. Además, pese a los procesos de cambio social, la realidad cotidiana de muchos ecuatorianos, como se analizará en el segundo capítulo, todavía se basa en el paternalismo y en la búsqueda de personas con autoridad dentro de la comunidad que funcionen como padrinos que los protejan en la vida cotidiana. Entonces la búsqueda del mesías y de figuras que den protección todavía responde a las necesidades de muchos ecuatorianos que, además, ven con mucho escepticismo a la política. Esta es vista más como una posible fuente de acceso a escasos recursos que como una solución a problemas estructurales.

Pese a que la intención de crear partidos ideológicos fue progresista, este proyecto demuestra un desdén y menosprecio a los sectores populares que aparecen como niños -adultos que todavía no conocen cuáles son sus verdaderos intereses, ni las formas racionales del convivir político. Las elites políticas modernizantes asumen el papel de educadoras del pueblo. Ellas guiarán a los sectores populares hacia lo que entienden como el futuro racional y moderno de la historia del país, sin respetar ni tomar en consideración, las formas populares de hacer política.

La sobria realidad del relativo fracaso del último empeño modernizador, en lugar de llevar a una reflexión por parte de las elites modernizantes -políticos y medios de comunicación - sobre cuáles son los problemas de tratar de imitar modelos políticos desarrollados en otras sociedades (Franco 1993), de las limitaciones de una democracia entendida sólo en sus aspectos políticos (Cueva 1988) o de las bases sociales de la democracia (Sánchez-Parga 1991; Pachano 1996), les lleva a acusar a los dirigentes populistas y a sus seguidores de encarnar todos los problemas que hacen que esta democracia no funcione. Así, se sugiere a los seguidores de Bucaram que dejen de vociferar por un demagogo y analicen racionalmente su voto; esto es, que voten en su contra.

La figura del líder populista cumple una función crucial para la auto-legitimación de estas elites políticas renovadoras. Ya que el líder populista y sus seguidores son vistos como la anti-razón y la anti-modernidad que impiden el progreso del país, se justifica la existencia de estas elites, en tanto éstas tienen la responsabilidad moral de dirigir al país hacia la anhelada modernidad y, además, tienen la obligación de orientar a las masas sobre cuáles son sus verdaderos intereses, alertándolas sobre como los demagogos se aprovechan de ellas. Las elites modernizantes, con estos argumentos elitistas que dividen a la sociedad entre elites dirigentes y masas que deben ser encauzadas, se autentican. Argumentan que siempre se necesitará de ellas para que encaucen la opinión pública. Los sectores populares aparecen como masas irracionales, o, en el mejor de los casos, como niños-adultos que no tienen la madurez política para conocer sus verdaderos intereses por lo tanto son engatusados y manipulados por el líder populista de turno.

Las elites modernizantes no sólo encuentran su razón de ser en la lucha contra la anti-modernidad del populismo, también ven a este fenómeno como un residuo del pasado a punto de desaparecer. Así se unen a los científicos sociales que con títulos provocadores nos hablan de la "Agonía del Popu-

lismo” (Fernández, I.; Ortiz, G. 1988) del absurdo de seguir tratando de descubrirlo, pues ya se agotó la discusión académica sobre este fenómeno que, eso sí, perdura en la alucinación de algunos sociólogos y periodistas mal informados que no han leído de sus últimos descubrimientos (Menéndez-Carrión 1992).

Pero el populismo, se niega a desaparecer. A diferencia de quienes lo construyen como “el otro” que está afuera de las estructuras “universales” de la modernidad y de la democracia, este fenómeno representa, más bien, la resistencia de los sectores populares a proyectos de modernización excluyentes. Al igual que en el siglo diecinueve que las promesas de libertad y democracia resultaron en el empobrecimiento, exclusión y represión de los sectores populares, que se rebelaron a través de diferentes movimientos caudillistas,<sup>3</sup> el populismo es una forma moderna de resistencia a estas nuevas interpretaciones de la modernidad. Judith Butler anota que bajo la supuesta universalidad de la modernidad democrática “los sujetos son construidos a través de la exclusión, esto es, creando sujetos desautorizados, presujetos, figuras de la vileza, poblaciones borradas del horizonte” (Butler 1995: 47).

Así, en las tres últimas contiendas electorales, los abdalasistas y su líder fueron vistos como la negación de diferentes versiones de la modernidad y de la racionalidad de la política, las elecciones de 1988 se presentaron como la lucha entre el proyecto “modernizador y progresista” de la Izquierda Democrática en contra de la “irracionalidad” del suburbio y de la Bahía de Guayaquil personificados en Abdalá Bucaram (Fernández, I.; Ortiz, G. 1988). Luego de la crisis de la llamada centro-izquierda, el proyecto modernizador es asumido por la derecha neoliberal. La globalización, la apertura del mercado y el fin de las políticas redistributivas del Estado caracterizan a esta nueva versión de “la modernidad” y de la “racionalidad” vista desde el mercado. En las últimas elecciones, Nebot, como lo señaló Alberto Acosta en un editorial en *Hoy* el 12 de junio de 1996, apareció como “el candidato de las mil respuestas renovadoras. A través de un proyecto económico definido pretende adecuar toda la sociedad en su marcha acelerada hacia una mayor apertura y liberalización.” El único obstáculo para que estas políticas se lleven a cabo residía, según este político, en la obstinación de algunos electores que se dejaban engañar con la retórica vacía y falsa de Bucaram. En resumen, según las diferentes

---

3 Consúltense el sugerente libro de Bradford Burns (1980).

elites que dicen ser modernizantes, el proyecto del siglo diecinueve de “civilizar” a la “barbarie” popular continúa vigente.

El proyecto civilizador de las elites no sólo que margina y silencia a los sectores populares en nombre de la modernidad, también su versión de la modernidad frente a la supuesta antimodernidad del populismo bucaramista es cuestionable. Como se analizará en el tercer capítulo, el abdalismo es un movimiento multclasista de quienes están al margen de los círculos establecidos y reconocidos del poder. Este es un movimiento que busca la renovación de las elites. Entonces, ¿quiénes representan la modernidad? ¿Son modernas unas elites de origen terrateniente que legitiman su poder en la exclusión a los sectores populares? O, ¿es moderna la alianza interclasista de sectores, situados fuera de los círculos establecidos del poder, que a través de Bucaram busca abrir espacios de movilidad social?

### La repulsión y el miedo a Abdalá

La figura de Abdalá Bucaram no sólo es un catalizador para la generación de las identidades colectivas de las elites modernizantes. Su figura, vista como la del “repugnante otro” sirve, además, para que las clases altas de “buen apellido y rancio abolengo” se reafirmen en su condición de líderes morales del país. Los diferentes grupos sociales se diferencian no sólo por su posición económica o de clase social, también se distinguen por toda una serie de símbolos de status. Como lo anota Max Weber éstos se refieren, sobre todo, a diferentes “estilos de vida”(1946:187). La manera de comer, de vestir, de comportarse, de llevar el cuerpo, el acento y tono de voz, sirven para diferenciar grupos sociales. Los diferentes grupos sociales son socializados y habituados a pautas de comportamiento, modales, formas de llevar el cuerpo que señalan y marcan su posición en la sociedad. Esta socialización que se da en la familia, a través de la escuela, de los *mass media* y de los amigos termina conformando un *habitus*: maneras de ser y comportarse que se manifiestan casi subconscientemente y, que a su vez, producen y reproducen la estratificación social (Bourdieu 1977).

La presencia de Abdalá en la escena política es un constante tema de conversación de las clases altas. Les preocupa su vocabulario y su forma de hablar, su forma de vestir y de vivir, pero lo que más les obsesiona es su cuerpo. De ahí



que la estrategia socialcristiana apuntara, a través de la televisión, a inundar los hogares con el torso desnudo de Bucaram para aterrorizar a las clases altas y medias demostrando su primitivismo y falta de “buenos modales.” Es cierto que Bucaram ayuda a que las percepciones de la “gente bien” tengan fundamentos. En 1988, por ejemplo, Bucaram se comparó con Febres Cordero diciendo “yo tengo los huevos más gruesos que los de Febres. Mejor dicho yo tengo huevos y Febres no los tiene” (Fernández, I.; Ortiz, G.; op. cit.:159). Pero el vocabulario machista de Abdalá no difiere de la estrategia de muchos políticos de descalificar a sus rivales cuestionando su hombría y valor humano. Por ejemplo, Rodrigo Borja se refirió al ex-presidente León Febres Cordero como “el lloroncito de Taura, cobarde por naturaleza... que sólo es hombre cuando está borracho”<sup>4</sup>. Febres Cordero se refirió a Borja como “ese enano que preside la República” y a Bucaram como “vulgar loco ratero.”<sup>5</sup> Nebot amenazó con orinarse en un parlamentario. Pese a que todos estos políticos, al igual que otros, usen el insulto machista para descalificar a sus rivales, aunque con un vocabulario por lo general menos grosero, Borja, Febres Cordero y Nebot no son considerados como la encarnación de la patanería y de la falta de cultura. Al contrario, se justifican sus arremetidas como “normales en un hombre.”

El terror que despierta Abdalá, entonces, no se explica únicamente por su vocabulario. Las clases altas también ven con desdén su manera de vestir y de vivir. Abdalá luce anillos, reloj y gruesas cadenas de oro, que dice le fueron regaladas por las cooperativas barriales. “Tengo como 200 y son todas bendecidas, entonces mi mujer me pide que las lleve siempre conmigo.”<sup>6</sup> A diferencia, de los sectores populares que adornan su cuerpo con cadenas y dientes de oro para demostrar sus éxitos en la vida, las clases altas ven esto como manifestaciones de “muy mal gusto.” En la entrevista se informan que Abdalá no lleva medias, un horror dentro de las “buenas costumbres” de los sectores altos. La casa de Abdalá fue otro tema de discusión entre las clases altas. No sólo se criticó a quien dice ser el líder de los pobres y vive en una mansión; sobre todo se cuestionó el gusto de la familia Bucaram Pulley para decorar su hogar. Este reportaje sobre la casa de Abdalá demuestra lo que las clases altas consideran de mal gusto. “Blancas son las paredes, el piso de mármol y los

4 *Hoy*, 2 de diciembre, 1991.

5 *El Comercio*, 6 de junio, 1996, p. A2

6 *El Universo*, 1 de abril, 1996.

muebles, cada uno con su respectivo forro de plástico... Todo brilla, inclusive la Última Cena del comedor que es tornasolada... Todo parece estar ahí para la exposición, inclusive una gran jardinera llena de plantas artificiales.”<sup>7</sup>

Al describir lo que las clases altas consideran como el mal gusto de Abdalá, no pretendo dar una lección sobre las “buenas costumbres” que no tengo, de esto se encargará si se lo piden, la líder de Pichincha del PRE, Violeta Molina, que inclusive ha escrito un libro sobre buenos modales. Lo importante es que un político fogueado y viajado como Abdalá reproduzca a gran escala el gusto popular en la forma de vestir y de vivir. No conozco si esta forma de ser es parte de la forma de vida y del *habitus* de Abdalá o es una estrategia consciente para diferenciarse de la “gente bien.” Lo cierto es que lo que los sectores populares lo tienen en pequeño, como un jarro con flores de plástico o una pequeña cadena de oro, Abdalá lo lleva a lo grande. Estos símbolos de status social no sólo aterran a la “gente bien”, también, como se analizará a continuación, explican la identificación popular con “el loco” y su desdén a los añiados, personificados en el “niño Nebot.”

El miedo de “la gente bien” a Abdalá también refleja su temor a cómo se estructuran las relaciones cotidianas de dominación entre diferentes grupos sociales luego de la abolición de la hacienda tradicional, de la urbanización y de la parcial democratización de la sociedad que se manifiesta en una relativa movilidad social en los últimos años. Como lo anota Mary Jackman, las relaciones cotidianas entre grupos desiguales han estado marcadas por una serio de reglas de etiqueta que garantizan el que cada grupo ocupe su lugar, reproduciendo la dominación social (1994:76-77). Los grupos subordinados han tenido que demostrar deferencia ante sus “superiores.” Pero al desaparecer las instituciones y las estructuras que regulan estas desigualdades en el trato diario, los grupos dominantes sentirán una gran aprensión. No solo serán cuestionados sobre sus prerrogativas de status, sino que las posibilidades de movilidad social se incrementarán. Debido a que Abdalá es visto como la irrupción de la chusma en los salones de la “alta sociedad” y como un señor que pese a tener dinero no tiene clase, en el sentido de “buenas costumbres”, su presencia provoca un gran terror.

El asco a Bucaram como personificación del suburbio o de los “nuevos ricos” constata las hipótesis de Mary Douglas que señalan que todo lo que está

7 El Comercio, 29 de abril, 1996, p. A3.

fuera del orden provoca imágenes de polución (1966). Abdalá encarna la movilidad social y el orgullo de quienes han sido vistos como subordinados o criados serviles de la “gente bien,” pero que ahora exigen su igualdad social cuestionando sus imágenes del orden social de las elites establecidas. Estos sectores no aceptan su condición servil y demandan igualdad de oportunidades y de acceso a los espacios antes reservados para la “gente bien,” que reacciona con aprensión ante esta democratización.

Este pánico se magnifica por la sexualidad de Abdalá. Los grupos dominantes creen tener el deber moral de controlar la sexualidad de los grupos subordinados. Por eso, por ejemplo, regulan la vida sexual de las mujeres de los sectores populares que se desempeñan como sus empleadas domésticas, a las cuales también pueden utilizar a su conveniencia (por ejemplo, cuando los “niños bien” se acuestan con las empleadas domésticas, o salen a buscar “chullas”). Los hombres de los sectores populares son considerados como asexuales o como bestias depredadoras que deben ser controladas.<sup>8</sup> Bucaram representa la irrupción incontrolada de la sexualidad popular: baila, enseña su cuerpo, seduce, en fin, es la encarnación de la sexualidad popular que los sectores dominantes consideran como peligrosa, repugnante y primitiva.

El incidente que mejor ilustra el miedo de las clases altas a Bucaram y cómo su figura les permite recrear identidades colectivas, fue la denuncia de Abdalá en la campaña electoral de 1992 en contra del Banco del Pichincha (de la Torre 1994: 60-61). Este incidente no es interesante por el carácter de la acusación, que fue infundada. Tal vez sea un precedente de cómo los amigos de Abdalá usarán el poder político para cobrarse revanchas con grupos económicos rivales; en este caso el grupo Isaías atacando el grupo Egas-Acosta luego de las disputas por quien controlará el Banco. Pero lo más relevante de esta denuncia es cómo sirvió de catalizador para que “las gentes bien” de Quito se autoreconocieran, en la figura de Jaime Acosta Velasco, como los líderes morales naturales del Ecuador.

Como se recordará, Abdalá denunció el supuesto mal manejo de la Reserva Monetaria Internacional por parte de personalidades del gobierno socialde-

---

8 Sería interesante estudiar el papel del racismo ecuatoriano en la construcción de la sexualidad popular. El caso estadounidense es analizado por Joel Kovel (1984). La subversión de los códigos racistas cuando los hombres otavaleños tienen aventuras eróticas con gringas es analizado en mi libro (de la Torre, 1996).

mócrata de Borja y del Banco del Pichincha<sup>9</sup>. Pese a que las acusaciones resultaron infundadas y a que con el tiempo Abdalá dejó de referirse a este episodio, personalidades de la “alta sociedad” ecuatoriana organizaron un “Homenaje nacional de admiración y desagravio” a la familia Acosta. Se publicaron suplementos especiales en varios periódicos del país con cientos de firmas de quienes se solidarizaron con este acto a favor de Jaime Acosta Velasco y su familia, “víctimas de irresponsables ataques.” La Casa de la Cultura Ecuatoriana de Quito contó para el acto con la presencia de casi dos mil personas. Asistieron personajes ilustres tales como el Cardenal Pablo Muñoz Vega, varios arzobispos y obispos, el ex-presidente Osvaldo Hurtado, varios ex-vicepresidentes de la República, el alcalde de Quito, candidatos presidenciales, banqueros, empresarios, etc., en una palabra “la crema de la sociedad”.

Es interesante que Abdalá haya escogido como blanco de sus ataques a Jaime Acosta Velasco, encarnación de los valores morales y cristianos de las elites quiteñas. Sociológicamente, lo que más llama la atención en este “acto de desagravio” es que los ataques de Abdalá sirvieron de catalizador para que las elites y la gente de “buena sociedad” se dieran cita en un acto donde se exprese quiénes son los “verdaderos ciudadanos honestos” y quiénes tienen derecho a dirigir y guiar el país por su alta condición moral. Este acto, a su vez, demostró la calidad de “outsider” de Abdalá, quien se vanagloria de ser odiado por la oligarquía y logra atemorizar a “la crema de la sociedad” de tal manera que se congrega para expresar su identidad encarnada en Jaime Acosta como baluarte de “moralidad, honor, hidalguía y virtud”<sup>10</sup>.

9 Es importante recordar este incidente por los “rumores” que circulaban entre sectores, medios y altos en Quito que aseguraban que Abdalá acabará con el Banco del Pichincha.

10 En palabras del intelectual orgánico de las elites quiteñas Jorge Salvador Lara, *El Comercio*, 20 de marzo, 1992.

**Bibliografía**

- Bourdieu, Pierre. 1977. *Outline of the Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Burns, Bradford. 1980. *The Poverty of Progress. Latin America in the Nineteenth Century*. Berkeley: University of California Press.
- Butler, Judith. 1995. "Contingent Foundations," en Seyla Benhabid, Judith Butler, Drucilla Cornell and Nancy Fraser, *Feminist Contentions. A Philosophical Exchange*. New York: Routledge.
- Cueva, Agustín. 1988. "Interpretaciones de la Democracia en América Latina: algunos temas y problemas." En Agustín Cueva: *Las Democracias Restringidas de América Latina. Elementos para una Reflexión Crítica*. Quito: Editorial Planeta.
- De la Torre Carlos. 1993. *La Seducción Velasquista*. Quito: FLACSO y Libri-Mundi. pp 117-118.
- De la Torre, Carlos 1994. "Las imágenes contradictorias de Abdalá: Discursos y culturas políticas en las elecciones de 1992," *Ecuador Debate* No. 32, pp. 60-61; CAAP.
- De la Torre, Carlos. 1996. *El racismo en Ecuador. Experiencias de los Indios de clase media*. Quito: CAAP.
- Douglas, Mary. 1966. *Purity and Danger. An analysis of the concepts of pollution and taboo*. New York: Routledge.
- Edelman, Murray. 1988. *Constructing the Political Spectacle*. Chicago: University of Chicago Press.
- Fernández, Iván y Gonzalo Ortiz. 1988. *¿La Agonía del Populismo?*. Quito: Editorial Plaza Grande.
- Franco, Carlos. 1993. "Visión de la Democracia y crisis del régimen". *Nueva Sociedad* 128.
- Hurtado, Oswaldo. 1988. *El Poder Político en el Ecuador*. Quito: Planeta.
- Hurtado, Oswaldo. 1990. *La Política Democrática. Los últimos veinte y cinco años*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Isaacs, Anita. 1991. "Problems of Democratic Consolidation in Ecuador," *Bulletin of Latin American Research*, 10 (2): 221-239.
- Jackman, Mary. 1994. *The Velvet Globe. Paternalism and Conflict in Gender, Class and Race Relations*. Berkeley: University of California Press. pp. 76-77.

- Korel, Joel. 1984. *White Racism. A Psychohistory*. New York: Columbia University Press.
- Menéndez- Carrión Amparo. 1992. "El Populismo en el Ecuador: ¿Tiene sentido seguirlo descubriendo?" en: Juan Paz y Miño (ed.), *Populismo*. Quito: ILDIS, 1992.
- Murillo de Carvalho, José. 1995. *Desenvolvimiento de la ciudadanía en Brasil*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Novel, Joel. 1984. *White Racism. A Psychohistory*. New York: Columbia University Press.
- Pachano, Simón. 1996. *Democracia sin Sociedad*. Quito: ILDIS.
- Sánchez- Parga, José. 1991. "La sociedad contra sí misma o por qué nuestras sociedades son democráticamente ingobernables." En: Varios Autores: *Ecuador, La Democracia Esquiva*. Quito: ILDIS.
- Villavicencio, Gaitán. 1988. "Las ofertas electorales y los límites del clientelismo", en: Varios Autores, *Ecuador 88: Elecciones, economía y estrategias*. Quito: Editorial El Conejo.
- Weber, Max. 1946. "Class Status, Party," en: H.H. Gerth y C. Wright Mills, eds., *From Max Weber*. New York: Oxford University Press.